

El adolescente en su tierra.

Memoria y fábula.

Por Juan Rejano.

Los dos ciegos.

Era alto y flaco -muy alto y muy flaco- don Eugenio, y había en su frente y en sus manos una dulcísima blancura, una blancura ajada, como de marfil viejo, En su mocedad debía haber sido como un oloro so almendro que en el umbral de la primavera tiene rosado y blanco el semblante. En la vejez era como un alamillo de otoño al que la plata de las sienes se le hubiese convertido en luz de agonía.

Don Eugenio era ciego. Se apagaron sus ojos ya casi en la ancianidad, y desde entonces enmudeció y se hizo amigo del recogimiento, de la soledad. Pasaba las horas del día en su cuarto, solo, meditativo, silencioso, sentado junto a una ventana. Daba esta ventana a un patio de claros azulejos, cerrado por doble puerta de cristales, con una fuente de suave trémolo y un gustoso corrillo de macetas desde donde dialogaban con el viento los jacintos, los alhelíes, las rosas, los geranios, los claveles, las gardenias, los gladiolos. Por las paredes trepaban las enredaderas, una "dama de noche" y un jazminero casi loco que en las tardes de estío alargaba sus brazos cargados de diminutos pétalos embriagados hasta el cuerto de don Eugenio. El ciego vivía en esta vecindad fragante y rumorosa como una raíz ya seca -como el espectro de una raíz- entre una muchedumbre de frescos, juveniles, tallos.

Dos veces al día, una criada bajaba y subía a don Eugenio por unas escaleras anchas, de barandal de roble y losas relucientes.

Este doble viaje -a las mismas horas, por el mismo camino- tenía un solo objeto: conducir a don Eugenio al comedor. Era un ciego torpe el viejecito, No había aprendido a moverse de un lado a otro. Parecía como si de su memoria se hubiese ido la topografía familiar, y hasta en las pequeñas operaciones del yantar hallaba dificultades. No se alteraba -no se enojaba-, sin embargo, don Eugenio, aunque observándolo atentamente podía distinguirse en sus labios una leve mueca de tristeza, de amargura. Si alguien, al tropezar con un mueble, trataba de salvarlo del escollo, apartaba suavemente la piada sa mano y seguía a tientas su camino. Si en la mesa uno de los comensales le acercaba el pan que él buscaba inútilmente, daba las gracias con una afabilidad tan severa, que nadie se atrevía a repetir el gesto. La mirada sin luz de don Eugenio se había hecho como de plomo para las cosas terrenales; en cambio, qué fluidez, qué agilidad había adquirido, allá en su recatada tiniebla, para las otras que moran en el alma.

Las horas más gozosas de don Eugenio eran las de su soledad, Arrellanado en un sillón -un viejo sillón de cuero con el espaldar y el asiento forrados de guata-, orilla al marco luminoso de la ventana, desgranaba sus recuerdos, sumergiéndose morosamente en cada uno de ellos, mientras daba vueltas entre las piernas a un bastón de ébano y plata. Nadie perturbaba aquella quietud. A nadie se lo hubiera permitido tampoco don Eugenio, que cuidaba celoso de su último retiro como de un sueño que puede desvanecerse. La única excepción era Juanele. La única persona a quien don Eugenio veía con gusto llegar a su cuarto era aquel adolescente impulsivo y tímido, reflexivo y pasional que tenía los ojos llenos de melancolías rurales y un trazo de fuego en el ceño. Juanele estaba lejanamente em-

parentado con el viejecito. Con frecuencia acudía a su casa, y al llegar a la habitación del solitario decía siempre desde la puerta:

-Buenas tardes, don Eugenio. ¿No le molesto a usted?

El anciano respondía invariablemente:

-Tú nunca me molestas, Juanele.

Penetraba entonces el adolescente, y entre uno y otro se trababa una animada conversación. Don Eugenio, mientras hablaba, pasaba su mano por la frente, por el cabello, undoso y negro, de Juanele, y el muchacho, con los ojos abiertos, muy abiertos a la luz que se derramaba por la ventana, sentía una dulce conmiseración por su amigo. No sabía explicarse el niño de dónde nacía, y por qué perduraba, aquella amistad, aunque la sentía en lo más hondo, tierna y adolorida como el pecho de un pájaro aprisionado. En su casa, muchas veces, había oido hablar del pasado de don Eugenio. Lances y aventuras en que el viejecito de hoy aparecía, galán irresistible, consumiendo el corazón de las mujeres o llevándose la fortuna prendida en el ala de su sombrero, desfilaban por la imaginación de Juanele poblándola de maravillosos fantasmas. Luego, al comprobar la obra del tiempo, al ponerse frente a la ruinosa figura de don Eugenio, lo anegaba una intensa tristeza, y, de ella -de una especie de rebeldía mansa contra lo implacable- le nacía aquel cariño contemplativo, a quella muda piedad que llevaba oculta una fibra de hijo apasionado.

Si el día era amable y los suaves efluvios llegaban hasta la piel del anciano, don Eugenio decía de repente:

-¿Qué te parece, Juanele? ¿Nos vamos un ratito a casa de don Antonio?

→Como usted quiera- respondía el niño.

Y los dos salían de la casa, cogidos de la mano, avanzaban calle

arriba y entraban en otra, de áspera pendiente, en cuya mediación estaba la vivienda de don Antonio. Trasponían el umbral, la cancela; subían una breve escalera, recorrían unos pasillos, y ya estaban los dos amigos juntos.

-¡Hola! ¿Ya estáis aquí? -se oía decir a don Antonio-. ¿Cómo estás, Eugenio? ¿Y ese pillo de Juanele?

Don Antonio era también ciego, y viejo como su amigo, sólo que más recio y menos vencido por los años. Conservaba roja la tez, y había en su persona un aire saludable y fuerte, de hombre que se aferra tercamente a la vida. Era la imagen opuesta de don Eugenio. Y aquella seguridad que emanaba de su exterior se reflejaba en su espíritu, que también daba recias señales de vida, pretendiendo -mantener la tensión y la actividad de otros días: una actividad -que, encadenada por la ceguera, era como un atleta reducido en una jaula. Don Antonio había sido pintor, un pintor estimable, de gran vocación. Un artista de los que prefieren, por amor de la tierra, el medio ambiente nativo, y se quedan para siempre en el anónimo, un poco gustosos, y otro poco arrepentidos, de ver crecer la obra en silencio. Cuando perdió la vista -cuando creyó que el cielo se le venía encima- dispuso que le llevaran todos sus cuadros a su cuarto -un cuarto amplísimo, casi como un granero, de grandes vigas en la techumbre, con varios balcones abiertos a un patio o huertecillo- y entre ellos vivía a media dicha. Los conocía, uno por uno, sólo con pasar la mano por el lienzo, y hasta se decía que en las horas de soledad, que eran las más, dialogaba con ellos, y se oían sus voces y sus risas resonando por los aposentos.

Algunas veces, cuando la conversación de los dos ciegos recaía sobre el tema de la pintura, don Antonio tomaba en sus manos uno de

los cuadros, y decía:

-Este lo pinté cuando la riada grande. Me lo quisieron comparar muchas veces, pero yo me negué a venderlo.

Luego, lo dejaba sobre la pared y cogía otro:

→Este es el retrato de la señora de un capitán, que pasó una larga temporada en el pueblo, mientras su marido andaba en las -- guerras carlistas. ¿Te acuerdas, Eugenio? ¡Qué hermosa era!

Los dos ancianos guardaban entonces silencio. Pasaba por su frente un levísimo velo de melancolía. Después volvían a sumergirse en una nueva conversación.

Juanele solía dejar a los dos amigos en cuanto los reunía. En ocasiones permanecía un rato en la habitación, asomado a uno de los balcones, desde donde se divisaban los montes lejanos. A lo mejor, cuando más embebido tenía el espíritu, oía a su espalda que lo llamaban:

-Oye, Juanele. ¿Por qué no nos llevas a dar una vuelta por las afueras?

-Bueno, Cuando ustedes quieran -respondía el niño.

Entonces, en medio de los dos ciegos, llevándolos de la mano, Juanele emprendía el paseo. Si el día era primaveral y el sol no pesaba mucho, prefería llevarlos a un lugar alto de la ciudad, cercano al Cementerio, desde el cual se dominaba toda la vega. Atravesaba, primero, calles y cuestas con posadas llenas de arrieros, tiendecitas pobres de donde salía alguna vieja llevando la alcuza del aceite; portones entornados, rejas bajas con tiestos de flores. Por el camino tenían que esquivar las recuas que pasaban cargadas, o sueltas y juguetonas hacia el abrevadero; los carros de mulas conduciendo grano o sacos de harina; los niños formando rueda con sus

juegos y sus canciones. Por fin, llegaban a una calleja estrecha y polvorienta por donde se salía al campo. La calle estaba formada de pequeñas viviendas, tabucos más bien, pero muy limpios y encalados. Hacia la mitad de ella, junto a un ventanuco alto, había un mechinal y, dentro, una crucecita de madera, ya carcomida, con flores secas a su alrededor. Allí se detenía invariablemente don Antonio, como si hubiera ido midiendo sus pasos, y exclamaba:

-Aquí fué donde murió el que degolló el Ecijanillo.

Juanele preguntaba entonces por aquella misteriosa historia, pero don Antonio repetía siempre:

-Otro día te la contaré. Ahora salgamos al campo.

La callecita se prolongaba en un camino que seguía de frente y, luego, bajaba perdiéndose en unas quebraduras. A la izquierda se alzaban unas lomas bordadas de trigos tiernos, por entre las cuales subía un sendero que terminaba en las tapias del Cementerio y de la ermita contigua. A la derecha se abría el ragazo inmenso de la vega circuido de cárdenas montañas, con la fúlgida lengua del río cortándolo. Primero, el terreno descendía en bruscas laderas hasta dar en una dilatada ribera de huertas; más allá, el río se dividía en dos brazos entre los que aprisionaba una isla de dorados arenales, altas hileras de álamos, cañaverales rumorosos, y profusas matas de tarayes y juncos; más lejos extendíase la ribera opuesta, poblada también de húmedas huertas, y por último la falda amarilla y violeta de los montes, donde comenzaba el mar ondulado de los olivos y el rojizo pentagrama de los viñedos. La ciudad, a la espalda, plegándose al accidentado terreno, caía también, blanca, blanquísima, como una escalinata de jazmines que corriese hasta entrar en las aguas del río.

Don Eugenio, en cuanto respiraba el aire campestre, se torna ba otro. Silencioso, como era frecuente que hiciese el recorrido -Don Antonio hablaba por los tres-, apenas se sentía al borde de las laderas, le ganaba una íntima y jubilosa desazón que al fin te nía que buscar comunicación con alguien. Se quedaba, al llegar, con el rostro fijo, muy fijo, en la vega, como si sus ojos pudieran con tamplar aquella hermosura. Luego, oprimía la mano de Juanele, y, con el brazo extendido en el aire, decía casi gritando:

-¿No es aquella que se ve allí la aceña chica? Y aquellas la-
jas amarillas, ¿no son el Tajo de los Pinos?

Juanele, nunca sabía si contestar. A veces se le escab^{da} un tí mido "sí". Pero don Eugenio, aunque pareciese preguntar, afirmaba con todas las fuerzas de su alma:

-¿Verdad que aquella es la huerta de Roldán?... ¿Y aquella la noria vieja?... ¿Y aquel caminito que sube detrás de la cuesta de Málaga?...

Juanele callaba, porque los sollozos lo ahogaban.

Don Antonio, al contrario que su amigo, permanecía silencioso. Su jovialidad parecía convertirse en tristeza al asomarse al campo. Esperaba unos instantes, los suficientes para que ^{su} amigo desahogase aquella emoción entrañable, y después decía a Juanele:

-Llévanos ahora a la ermita.

En la ermita estaba escondida la pasión de don Antonio. Subían los tres por el sendero, entre trigales altos que se ondulaban al vientecillo como un remanso marino. Don Eugenio se apoyaba en su bastón. Don Antonio, sin dejar la mano de Juanele, iba cortando las espigas de la orilla y sabía desgranarlas y mondar sus lechosos dien tecillos para saborearlos después entre los suyos. Apenas llegaban

a la puerta de la ermita don Antonio se separaba del grupo, abandonaba al lazarillo y, como si recobrase de pronto la vista, atravesaba ágilmente el zaguán, la casa de los santeros, el patio lindero del panteón, un costado de la iglesia y, por último, la sacristía, en donde trepaba por una ancha escalera que conducía al camarín del altar mayor. Cuando don Eugenio y Juanele alcanzaban este lugar, ya su amigo merodeaba por él hablando en alta voz. En aquel pequeño recinto, sobre las paredes, alumbradas débilmente por una vidriera, entre las que se guardaba la imagen de un Nazareno atribuido al sevillano Martínez Montañés, había dejado don Antonio, en sus buenos tiempos unas pinturas al fresco representando escenas del Nuevo Testamento. Eran ellas las que le producían una especie de febrilidad y le volvían su expresividad de siempre. Las iba palpando lentamente con sus manos; se detenía en unas; en otras hacía un comentario, y cuando notaba que don Eugenio y Juanele estaban ya dentro del camarín, decía con viva animación:

-Prefiero este panó, aunque vosotros digáis lo contrario. Está más resuelto. Hay una expresión más acabada...

Ninguno de los dos testigos de la escena despegaba los labios.

-Claro que este otro- continuaba don Antonio- no está mal tampoco.

¡Pero es lástima! Se está agrietando. Ya lo decía yo en su día: con estos materiales y la humedad que hay aquí, durará poco mi obra.

Esta clase de pintura es muy delicada.

Juanele se atrevía entonces a aventurar:

-No crea usted, don Antonio: todo se conserva muy bien.

-¡Si me lo irás a decir a mí! ¡Como si yo no lo viera! Y no es porque yo sea el autor, pero esa "Crucifixión" y ese "Monte de los olivos" no creo que se puedan mejorar.

Al cabo de algún tiempo salían de la ermita. Juanele hacía que los dos ciegos se detuvieran bajo el pórtico, que tenía delante un porche alto y espacioso, de ladrillos anaranjados. Desde allí se veía una parte del pueblo. En las cristaleras de algunas casas la luz última de la tarde se reflejaba con destellos de sangre. Una gran explanada esmaltada de hierbecillas se abría, primero, en descenso. Por ella empezaban a caminar, ya de retorno, mudos, abstraídos. ¿En qué pensaban los dos ancianos? ¿Qué cavilaciones se apoderaban de ellos? En Juanele era más fácil adivinarlo. Juanele pensaba en el extraño contraste que don Eugenio y don Antonio ofrecían desde que abandonaban su mundo de soledad. Vagamente, el muchacho trataba de sujetar sus intuiciones y enlazarlas en un pensamiento lógico; pero todo se iba en vanas tentativas y sólo sacaba del esfuerzo un deseo vivísimo de seguir siendo bueno con aquellos dos seres que ya vivían en la oscuridad como una anticipación de la otra que les aguardaba cercana.

-No me aprietes tanto la mano Juanele, que me lastimas los dedos- decía don Eugenio.

-¡ Pero, muchacho! Parece que tienes azogue- se le oía exclamar a don Antonio.

El sol encendía en los montes una hoguera de morados, áureos, grises, rojos resplandores.

LAS CAMPANAS.

¡Que bien conocía Juanele, por el sonido, las campanas parroquiales! A dos pasos de su casa se erguía la torre que las cobijaba, pero hubiera sido lo mismo que estuviera a una legua de distancia. Habría reconocido aquellas voces fácilmente, como se reconoce la de un ser querido. Y lo extraño del caso es que Juanele notaba

cómo campana al vibrar le repercutía en distinta parte del cuerpo. Unas le sonaban en el pecho, otras en la frente, otras en la garganta. De esta últimas hubiera podido precisar el sabor ¿No era a canela y pasa moscatel? Otras, en fin, le sonaban... ¿Dónde, dónde le sonaban estas otras? Juanele se quedaba largo tiempo pensando. Pero nunca lograba acertar. De haber sido un hombrecito, habría dicho que le sonaban en el alma.

La iglesia parroquial -la iglesia mayor, decían siempre los fieles- daba la espalda a la casa de Juanele. Entre ambas corría una callecita estrecha, silenciosa, empedrada de guijos blancos y negros. Era calle de clérigos y beatas. Apenas transitaban por ella otras gentes. El aire de los negros manteos y de los sombreros de teja; el revuelo de las faldas de antigua seda y de las mantillas y velos misteriosos, poblaban el lugar al despertar la mañana y al declinar la tarde. En la acera de Juanele había unas cuantas viviendas y varios postigos, destartalados, de cocheras y bodegas. En la otra, sólo la pared trasera del templo con unas ventanas altas y una puertecita que comunicaba con la sacristía. Por esta puerta salía algunas veces un sacristán a encender el incensario. Primero, lo columpiaba blandamente, dejándolo ir a lo largo de toda la cadena; luego, le daba fantásticas volteretas sin que se derramara una sola ascua. La calle se aromaba entonces, de arriba abajo, con el humo del incienso. En las horas de descanso, cuando cesaba el culto, hacían su aparición los monaguillos. La forzada religiosidad que habían de mantener en las naves de la iglesia o en la penumbra de la sacristía se les mudaba en algarabía, carreras, saltos, voces, al salir al exterior. En medio de sus juegos -la "chita", las "bolas", el "pavieja", el "salto de la mula"- pa

recían diablillos santificados por las rojas sotanas y los roquetes almidonados.

Las campanas comenzaban a sonar desde muy temprano. Saludaban al alba; llamaban a misa a distintas horas de la mañana; señalaban la llegada del medio día, la hora de vísperas; rezaban al ángelus oraciones, y daban por último el toque de ánimas. Eso, sin contar los repiques de fiestas, el doble de los entierros y el estrépito de las grandes solemnidades religiosas. Sólo callaban dos días al año: el jueves y el viernes santos. Entonces, un acólito empuñaba la "matraca" y llenaba las calles de un sordo ruido continuado, - como si todas las puertas de las casas chocaran unas con otras. - En cambio, el día de difuntos, desde la madrugada, el campanil se tornaba un lúgubre tañido que no cesaba hasta bien entrada la otra noche. Llegaba un instante en que los pobres oídos aporreados no podían resistir más, y había quien se desesperaba y deseaba ser uno de aquellos difuntos, y había quien estaba a punto de enloquecer.

Juanele recogía el lenguaje de las campanas como el que recoge dulces confidencias. Cuando en el aire se oía una vibración - continuada, un alboroto de sonos penetrantes que partiera de una rueda musical, sin que nadie le preguntase decía:

-Es la campana chica.

Si sonaban unos martillazos rotundos, amplios, pausados, de profundo acento, tal si los diesen en una inmensa cúpula de metal, comentaba:

-Es la campana gorda.

Al escucharse un repique sonoro, con inflexiones de cristal y plata, murmuraba:

-Es la de vísperas.

Cuando caían, lúgubres, quejumbrosos, unos lamentos que tenían hipo de sollozos y unción de plegaria, señalaba:

-Es la de ánimas.

Toda la vida de las campanas estaba acurrucada en el corazón de Juanele. Y por las noches, al acostarse, solía oírsele en alta voz:

-Mañana habrá repique general. Me gusta más cuando cada campana suena sola.

La voz de la madre llegaba desde la habitación contigua:

-Anda, niño, duérmete. No se diría sino que vas a ser campanero.

FUGA DE ESTRELLAS.

En el patio de la casa de Juanele había un pozo con el brocal enjalbegado, y un granado polvoriento, de largos ramajes que se encaramaban a los tejadillos vecinos. En medio se levantaba un macetero ancho, en forma de escalinata, por donde subían, en revuelto enjambre, begonias, albahacas, miramelindos, lirios, azucenas, clavellinas, rosas de pitiminí, presididos por una yuca de agudas espadas. Y en un ángulo, entre un arriate y unas tinajas de agua fresca, asomaban unas matas de donjuanes y dompedros- rojos, blancos, amarillos- que al atardecer enloquecían de aromas el patio.

A Juanele le gustaba trepar por el granado y coger la redonda caja dorada de sus frutas. Cuando Juanele abría una granada y llevaba sus cascotes a la boca, sentía como si se estuviese comiendo un panal de frías estrellas- de estrellas rojas, blancas, amarillas, como los donjuanes y los dompedros.

A Juanele le gustaba también asomarse al pozo y quedarse sobre el brocal contemplando largo rato, abajo, el agua quieta, negra, llena de puntitos de luz. Entonces, a Juanele le parecía que las estrellas se alejaban de él y se iban para siempre por aquel agujero tenebroso, ¿Hacia qué cielos huraños y desapacibles?

JUANELE DESCUBRE EL DUALISMO HUMANO.

Pared por medio con Juanele vivía don Miguel Sedano, el médico más viejo de la ciudad. Don Miguel ejercía la medicina para vivir; pero su verdadera vocación era otra. Otras. Cuando terminaba sus labores del día, se encerraba en un despachito que tenía en la planta baja, y entregábase a su más gozosa tarea: repasar una extensa y rica colección de monedas antiguas que había ido reuniendo a lo largo de los años. La ciencia numismática era la pasión de don Miguel. ¡Cuánto disfrutaba haciendo pasar sus ojos por aquellos pequeños discos, raídos y medio verdosos, cuyos caracteres casi borrados por el tiempo nada decían a la mirada del profano, pero donde él veía reanimarse -hombres, edades, culturas, pueblos- toda la gloria o la miseria de un pasado remoto!

Al amor por las monedas unía don Miguel otro no menos intenso. Pero aquél lo guardaba con más recato aún. Ni sus amigos, ni siquiera sus familiares, tenían sospecha de él. Habría sido necesario penetrar en su más recóndita intimidad para sorprenderlo. Algunas noches, cuando la casa quedaba en silencio, don Miguel, tras de guardar cuidadosamente las monedas, sentábase a la mesa, abría uno de sus cajones y extraía un abultado y rancio legajo atado con una cinta de seda azul. Tomaba aquellos papeles en sus manos con delectación, como si por vez primera los examinase. Leía al-

gunos, corregía otros, y a veces añadía alguno nuevo, sobre el que iba escribiendo lentamente unos renglones. Eran poemas. Era la labor de toda una vida, conservada en el anónimo, ocultada a todos los ojos que no fueran los suyos. En ocasiones, con el legajo, sacaba del cajón una carpetita, en donde había un papel amarillento, impreso en grandes caracteres. Era la única muestra del ingenio de don Miguel que había pasado a la letra de molde. Se trataba de un soneto que escribiera siendo estudiante y que, de las prensas, corrió por las calles de Madrid cuando el rey - Alfonso XII hizo su entrada en la villa y corte después de la proclamación de Sagunto. Don Miguel detenía su mirada unos instantes en el envejecido papel, sonreía, y luego volvía a tomarlo a su escondite.

Don Miguel era de mediana estatura, recio, un poco cargado de espaldas. Tenía el aire de un campesino enriquecido. En la época en que Juanele alcanzaba la adolescencia, don Miguel era ya viejo. Pero no había en su figura ni en su ánimo ningún achaque senil. Su pelo era entrecano, como de hombre maduro; sus piernas se movían con fuerza al andar, y de su rostro no desaparecía la frescura de los mejores años. Vestía un largo y grueso chaquetón gris; se tocaba con un sombrero ancho del mismo color, y de su brazo colgaba constantemente un pesado bastón, que, más que bastón, era un garrote de gañán.

Juanele y don Miguel coincidían casi siempre por las mañanas, a la hora de salir de casa. Juanele iba a dar sus lecciones; don Miguel, a visitar sus enfermos. En el encuentro eran siempre idénticas las palabras:

-Buenos días, don Miguel.

-Muy buenos, Juanele.

El adolescente quedábase mirando al viejo doctor hasta verlo doblar la esquina, o en ocasiones, aunque su rumbo no era aquél, echaba tras él, siguiéndole los pasos a distancia. Sentía por su vecino una viva simpatía. Le parecía que aquel hombre, tan silencioso, tan prudente, era el símbolo de la bondad. Y, embobado, -marchaba, una y otra calle, en su misma dirección. Pero entonces venía lo sorprendente. Entonces ocurría -sin remedio- lo que a Juanele sumía en hondas, tristes, cavilaciones. Y era que don Miguel, en cuanto divisaba un perro echado o descuidado en la calle, se dirigía sigilosamente a él y, una vez encima, le propinaba un garrotazo que le hacía salir disparado lanzando aullidos de dolor. Don Miguel se echaba a reír con una extraña satisfacción y seguía su camino. El primer impulso de Juanele era siempre buscar al lastimado animal y acariciarlo, pero el propósito resultaba inútil, porque el perro, temeroso de una nueva agresión, escapaba velozmente de todo el que pasaba por su lado. La segunda reacción, menos compasiva, aunque más íntima, era lograr explicarse aquella rara manía del médico, aquel gusto violento que desterraba de él, en un solo instante, todo lo que había de apacible y de noble. ¿Por qué, pensaba Juanele le nacen de pronto esos accesos de crueldad? ¿Es que entonces la bondad y la maldad pueden vivir en un mismo pecho?

Una mañana, al tropezarse con don Miguel, Juanele se decidió a salir de dudas. La noche anterior, antes de dormirse, había pensado tanto sobre lo mismo, que llegó a dolerle la cabeza. Las palabras se trabaron como siempre:

-Buenos días, don Miguel.

-Muy buenos, Juanele.

Pero, en aquella ocasión, lo formulario del saludo había de tener distinto alcance.

-Don Miguel... -insinuó el muchacho.

-Dime, Juanele. ¿Necesitas algo?

-Don Miguel...

-Pero, hombre, ¿qué ocurre? Por qué estás tan cohibido?

-Don Miguel... No sé si debo preguntárselo. ¿Por qué les pega usted a los perros?

El médico sonrió. Pero en su sonrisa había más de sorpresa que de comprensión. Concluyó:

-¿Lo entenderás si te lo digo, Juanele? ¡Por no pegarles a los hombres!